



Estudios de lo salvaje



BARBARA BAYNTON

*Traducción del inglés y posfacio a cargo de
Pilar Adón*



IMPEDIMENTA



LA SOÑADORA

Las hojas mojadas de los árboles que adornaban la pequeña estación, ahora ocultos en la oscuridad de la noche, se habían agrupado en pequeños remolinos que iban a chocar contra las puertas cerradas de los vagones. El revisor se acercó a cada una de las ventanas para iluminarlas con una linterna que emitía una luz turbia, y dijo en voz alta, con ese lenguaje propio de los jefes de estación, el nombre del lugar al que habían llegado. Solo había un billete que recoger.

A aquel hombre siempre le había parecido que los pasajeros que venían de otras partes del país, de lugares lejanos, resultaban interesantes por sus distintas peculiaridades. Cuando fue a recoger el billete, puso la linterna al lado del rostro de la pasajera y lo iluminó de lleno. Ella también le miró mientras hablaba con el vigilante, atenta al sonido de su voz. Años atrás, había conocido

a todos y cada uno de los que trabajaban en aquella estación. En la actualidad, el revisor también conocía a todos y cada uno de los que vivían en la zona. Y esta viajera le resultaba completamente desconocida.

Si su carta hubiera llegado a su destino, alguien habría venido a esperarla en un coche. Recorrió la estación y lo único que vio fue a un perro sin dueño, acurrucado, mojado y temblando en un rincón. Dejándose llevar sobre todo por el sonido, se giró para mirar la calle desierta del pueblo. Entre las casuarinas, que bordeaban el río que ella conocía tan bien, el viento producía una música fantasmal, desatendida por unas gentes que en ese momento dormían. No había más sonidos que pudieran llamar su atención, y se giró de nuevo hacia el perro con una sensación de afinidad. No obstante, quizá el revisor tuviera un mensaje para ella. Regresó al andén y vio que el hombre estaba cerrando la puerta de la oficina. Al verla, dejó de hacerlo, como si esperara que la mujer fuera a decirle algo.

—¡Una noche húmeda! —exclamó él por fin, rompiendo el silencio.

Lo que hizo que la pasajera cambiara de opinión y que, en vez de consultarle lo que tenía previsto, le preguntara qué hora era, algo que ya sabía. Se alejó y se echó cuidadosamente la capa por encima.

El viento hacía del paraguas un objeto inútil, incapaz de protegerla. El viento, la lluvia y la oscuridad serían sus acompañantes a lo largo de los cinco kilómetros de matorral que la separaban de la casa de su madre. Aquel había

sido el hogar de su niñez, y se sabía de memoria cada centímetro del camino.

Comenzó a recorrer la calle dormida y no vio señales de vida hasta llegar casi al final, donde distinguió una luz en una pequeña tienda y captó un rápido golpeteo. «Trabajan hasta tarde esta noche», pensó, y, recordando la horrible tarea a la que se dedicaban aquellos hombres, dudó, llena de reparos, entre si acercarse y preguntarles o no a los trabajadores nocturnos para quién era lo que estaban fabricando. ¿Sería para alguien a quien ella hubiera conocido en el pasado? Tenía por delante un largo recorrido, en medio de la oscuridad, y no les preguntó nada. Se alejó a toda prisa con la intención de olvidarse de aquel sonido.

El zigzagueante trazado del ferrocarril propició que el tren volviera a acercarse a ella. Al verlo pasar, se detuvo para contemplar sus movimientos, que iban excavando un túnel entre las mandíbulas del viento. «¡Chu-chuuú!», siseó la máquina con su aliento humeante, mientras la lluvia escupía agua sobre su roja boca de una manera feroz. La velocidad del tren hizo que la mujer tomara auténtica conciencia de las dificultades a las que se iba a enfrentar a lo largo del sendero que aún debía recorrer, y aceleró el paso. Se dio cuenta de que a su alrededor se respiraba esa tensión silenciosa que precede a la tormenta. Desde una de las ramas del árbol que en ese momento se agitaba sobre su cabeza, le llegó el reclamo de una madre previsor y alerta, así como el gorjeo de sus aturdidos pichones. La tierna preocupación de aquella

ave despertó en ella recuerdos de infancia. ¿Qué importancia podía tener esa solitaria oscuridad si lo que hacía era llevarla hasta su madre? Sintió que desaparecían sus resquemores y se internó en el conocido camino sin más consideraciones, sonriendo de vez en cuando mientras anticipaba su encuentro.

—¡Hija!

—¡Madre!

Podía sentir ya sus amorosos brazos y sus besos, que siempre son sagrados cuando se trata de los de una madre. Se emocionó y, en su impaciencia, echó a correr, pero el viento soplaba con fuerza y al poco se quedó sin aliento. Además, en ese instante, el niño que llevaba cerca del corazón se movió por primera vez, haciendo que se avivara su instinto maternal. Un escalofrío le recorrió la espalda, cayó de rodillas y alzó las manos y el rostro hacia Dios. Un relámpago llameó sobre su cabeza, lo que vino a atenuar su éxtasis. El rayo había caído muy cerca.

Continuó andando. Luego se detuvo. ¿Estaba siguiendo el camino correcto? Un poco más atrás, cerca del nido de los pájaros, se abrían dos senderos. Uno llevaba a casa; el otro era el viejo camino de bueyes que había quedado prácticamente invadido por el ferrocarril. En aquel lugar, cuando tendría que haber sido extremadamente cuidadosa en su elección, se hallaba absorta en otras reflexiones. Y ahora dudaba. Había un largo trecho de regreso hasta el cruce de caminos, de modo que lo que hizo fue intentar recordar las señales que tendría que encontrar antes o después. En primer lugar, el Árbol Torcido,

luego las Hermanas, cuyas ramas entrelazadas conversaban entre sí cuando el viento soplaba del sur. Se acordó también de los manzanos que se alzaban sobre el lecho partido del arroyo, donde siempre había vacas y terneros. El camino incorrecto, en cambio, al estar más cerca del río, contaba con un buen número de casuarinas e incluso, en ciertos lugares, algunos pinos. El anguloso trazo de un rayo lo iluminó todo de repente, pero ella se distrajo con la violencia del trueno y no pudo ver bien dónde estaba.

Se sentía insegura, cegada, y notó cómo la vencía el horror a lo desconocido, incrementado por su estado de debilidad. Incapaz de decidirse, esperó la llegada de otro destello; cuando finalmente se produjo, le mostró que, efectivamente, se había equivocado de camino. De modo que tuvo que darse la vuelta y enfrentarse a los mismos matorrales.

El cielo parecía romperse con cada rayo. La furia de los truenos la hacía temblar. Se detuvo bajo un grupo de altísimos pinos, confundida, mientras la terrible tormenta arreciaba.

Volvió a sentirse atenazada por aquel miedo indefinido. Aun así, siguió adelante, infatigable, hasta que tropezó con algo. Con las manos extendidas, mientras caía al suelo, tocó un cuerpo que se movía muy cerca de ella. El destello de un nuevo rayo le mostró que lo que tenía delante era un animal. Todo un rebaño que se agitaba aterrorizado. Se levantó y echó a correr, tropezó y volvió a caer, sin saber hacia dónde se dirigía, pero siempre

vigilando cuidadosamente los movimientos del ganado. Siguió adelante sin rumbo fijo. Sin darse cuenta de que estaba volviendo sobre sus pasos.

Llegó al lugar en que había dudado por primera vez. Si aquel era el sendero correcto, ¿por qué no se notaban los surcos de las ruedas? Se agachó y las buscó a tientas, palpando la superficie, pero pronto descubrió que la lluvia había nivelado el terreno. Así pues, no había nada que pudiera guiarla. No obstante, recordó que el pequeño grupo de pinos, donde se encontraba el ganado, se hallaba justo entre los dos caminos. En los viejos tiempos, ella misma había ido a recoger allí bayas de muérdago.

Creía tener razón. Esperaba tener razón. Empezó a rezar por que así fuera. Un poco más adelante debería llegar al Árbol Torcido. Mucho tiempo atrás, un caballo desbocado había hecho que el jinete borracho que lo dirigía fuese a chocar contra aquel tronco curvo y doblado. Cuando era más joven, llegó a sentir una extraña fascinación por ese árbol, y ahora, en aquel lugar, lo recordaba perfectamente.

Por fin, bajo la luz de otro rayo, alcanzó a ver el tronco arqueado. Estaba en el camino correcto, pero tuvo miedo de seguir porque ahora se sentía acosada por aquel temor de su infancia. A la luz de un relámpago fugaz, le pareció ver cómo un jinete galopaba furiosamente hacia ella, y se llevó las dos manos al corazón, como si deseara protegerlo. Esperó, y en ese oscuro intervalo creyó oír un grito que, venciendo el aullido del viento, llegaba hasta el lugar en el que se había detenido. Finalmente triunfó

el estruendo del trueno, que ahogó cualquier otro sonido o cualquier llamada de auxilio. A la luz del siguiente destello, todo lo que vio fue el perfil del mismo árbol.

—Dios mío, protégame —rezó. Y continuó con el corazón encogido.

El sendero descendía hacia el arroyo. El rugido de las aguas que lo recorrían le llegaba cada vez con más fuerza. Incluso la pequeña hondonada llamada Atrapaperros espumeaba arrogante con un rumor bronco. Parecía que había un paso disponible un poco más abajo, justo en la zona por la que tenía que cruzar. Pero los otros accesos estaban completamente inundados.

El estrépito del riachuelo que bajaba caudaloso le llegaba a través de los alaridos del viento, todavía feroz. Afortunadamente, la intensidad de la lluvia había disminuido. Quizá hubiera alguien esperándola en la otra orilla... La última vez que fue a visitar a su madre, la noche era buena y, aunque el hijo de un vecino se encargó de ir a buscarla a la estación, su madre se acercó hasta el arroyo con una linterna en las manos para darle la bienvenida. Miró a su alrededor con impaciencia, ansiosamente, pero no vio ninguna luz.

El riachuelo recorría el fondo del surco que él mismo había ido horadando. El sendero que había seguido hasta el momento iba a dar a un tablón que, atado a los sauces que crecían en la otra orilla, solía mantenerse por encima del nivel del agua. Pero, para su consternación, comprendió que el sonido que le llegaba procedente de las agitadas aguas indicaba que el torrente había superado la

altura del tablón, y tendría que caminar con sumo cuidado, luchando contra la fuerza de la corriente. Alzó los ojos hacia el sombrío cielo. No había ningún rayo de luz salvo el que pudiera desprenderse de su propio rostro, tan pálido y resuelto.

Su corazón se llenó de ternura al pensar en el marido al que tanto quería y en su hijo. ¡Tenía que atreverse! Pensó en su madre, ya anciana, que la esperaba al otro lado. Y llegó a la conclusión de que todos esos obstáculos hacían que lo que las había separado a lo largo de los años quedara empequeñecido y anulado. Había cierta expiación en tanta dificultad y en tanto peligro.

Volvió a alzar la mirada hacia el cielo.

—Dios, perdóname, protégeme y guíame. Dame fuerza y consuelo. —Aquella era la oración que le había enseñado su madre.

Sirviéndose de las largas ramas de sauce, agarrándose a ellas y buscando así el equilibrio, se adentró en las aguas que le llegaban a los tobillos. A medida que avanzaba, el nivel del río iba subiendo más y más.

El viento la embestía feroz. Se estrellaba contra su cuerpo, desestabilizándolo y quebrando los tallos a los que sus arañadas manos intentaban aferrarse. El agua le llegaba ahora por las rodillas y el avance se iba haciendo más peligroso a cada paso. Se agarró con los dientes a una delgada rama mientras se deshacía del sombrero y se lo entregaba al viento. De la capa, un peligro aún mayor, no pudo librarse ya que tenía los dedos demasiado entumecidos como para manejarse con destreza.